
●

INTRODUCCIÓN

María Inés nació en 1936 en un pueblo rural del sur de Chile. Poco se sabe de sus años de infancia y adolescencia, aunque un evento de contornos difusos pero decisivos sí consta en la memoria familiar. Su padre, un comerciante de la Araucanía, tras sufrir varias crisis alcohólicas, fue internado en una institución psiquiátrica, en la que falleció. Cuando Rosalba, la hermana mayor de María Inés, se trasladó a la capital del país junto a su marido, la llevó consigo y apoyó sus estudios básicos de enfermería. En algunas fotos, hoy perdidas, se podía ver a María Inés con delantal, toca y una gran sonrisa al lado de compañeras de trabajo y algún ilustre médico. A fines de la década de 1950 conoció a un emigrante español en los pasillos del hospital en que trabajaba, se casó con él, tuvo dos hijos y acompañó las empresas comerciales del gallego. Si bien se pueden identificar retrospectivamente algunos episodios de alta intensidad emocional que emergían sin mayor contexto, llevó una vida próspera, a menudo feliz y generosa. La viudez repentina la puso a cargo de un negocio y, de allí en adelante, en su vida se fueron intercalando episodios de depresión, otros de frenética actividad y algunos intentos de suicidio. Sin embargo, tras cada evento, su ternura, amabilidad, buen carácter, inteligencia y chispa personal se renovaban por largos periodos, incluso hasta hacer olvidar la intensidad emocional de sus altos y bajos y las honduras existenciales que transitaba en los momentos de mayor decaimiento o excitación. Tras nuevas crisis, se arribó al diagnóstico psiquiátrico más estable de los varios con que fue tratada. María Inés padecía de psicosis maniaco-depresiva. En algún punto, a inicios de los años noventa, la etiqueta diagnóstica cambió a trastorno afectivo bipolar. Pero más allá de los nombres, el tratamiento con carbonato de litio se convirtió en una obligación diaria, y volvía a darle a María Inés una nueva oportunidad para cuidar de nietos, participar de

la vida comunitaria, bordar, tejer, cocina, cultivar amistades, viajar sola o en grupos de pares a las ciudades más australes del globo; todas actividades en que volvía a mostrar su ingenio, su picardía y su carácter amable. Sin embargo, alentada por un dudoso culto religioso, abandonó la medicación de carbonato de litio y cedió a episodios más profundos e intensos de su condición, hasta su suicidio en 2009.

Por mi parte, desde 2007, al iniciar mis estudios de Maestría en Historia, comencé a interesarme por la biopolítica, la medicina, el evolucionismo y en forma muy intensa por la eugenesia, la ciencia que propone el mejoramiento de la población humana a través de medios sociales y biológicos, propuesta por el naturalista británico Francis Galton a fines del siglo XIX. Claramente, mi interés estaba motivado por ser el hijo de una paciente diagnosticada con trastorno afectivo bipolar. Muy pronto supe que este cuadro figuraba entre los padecimientos incluidos en las leyes de esterilización obligatoria (una medida clásica de la eugenesia) con el nombre de “locura circular”, ya fuera en los proyectos de ley redactados y discutidos fuera del Parlamento que no llegaron a ser ley, como en Chile, o en aquellos que efectivamente fueron aprobados y puestos en acción en Estados Unidos, los países nórdicos y la Alemania nazi. Producto de estas leyes, un número indeterminado de personas —trescientas a cuatrocientas mil en Alemania, setenta a ochenta mil en Estados Unidos— fueron esterilizadas en forma obligatoria. El tándem de condiciones que solían abarcar esas leyes eran debilidad mental congénita, esquizofrenia o demencia precoz, locura circular, epilepsia hereditaria, enfermedad de Huntington, ceguera, sordera y deformaciones corporales graves y hereditarias. Un comentarista chileno de la ley nazi aseguraba en 1935 que “la locura circular, o psicosis maniacodepresiva, es una de las más graves y frecuentes enfermedades mentales. Cuando concurre en ambos padres, un 60% de los descendientes presentan el mismo mal, mientras el resto ofrece otras anomalías nerviosas, por lo general”.¹

De hecho, en 1939 en Chile, tres años después del nacimiento de María Inés, se dio forma a un proyecto de esterilización de alienados que contaba con el respaldo de una parte no menor del gremio médico, y que fue discutido ya con su articulado muy avanzado para pasar a las salas legislativas por la Sociedad de Neurología, Psiquiatría y Medicina Legal. Si bien el texto fue desestimado, todavía para 1941 había quienes insistían en que el proyecto estaba en discusión y se aprobaría a la brevedad en el Congreso nacional.

1. Juan Andueza, “Las Leyes de Esterilización”, en *Anales De La Facultad De Ciencias Jurídicas Y Sociales*, vol. 1, no. 1-2 (1935).

Dicha ley nunca fue discutida, pero un pequeño cambio en el equilibrio de poder en una sociedad científica, en la cultura legal y en la política, podría haberle dado vía libre. Hija de un alcohólico fallecido en una institución psiquiátrica y con un débil capital social y cultural a su haber, un diagnóstico precoz de “locura circular” habría hecho de María Inés la candidata ideal para aplicar una ley de este tenor y obligarla a la esterilización eugénica. En el mismo sentido, de no haber sido esterilizada y en esa misma ideología eugénica, sus hijos o hijas también podrían estar determinados por un plasma germinal o unos genes “dañados” y en una condición de peligrosidad o determinados hereditariamente para el alcoholismo y las “anomalías nerviosas”, lo que evidentemente condicionaría su desarrollo en las instituciones escolares alineadas con ese tipo de diagnósticos.

Desde hace más de una década he desarrollado investigación historiográfica sobre el desarrollo del proyecto eugénico en Chile. Mis trabajos sobre el tema están disponibles en artículos evaluados por pares de la disciplina y en capítulos de una decena de libros. Así, este apéndice personal no tiene por objeto despertar ningún tipo de indulgencia ni para con el texto a continuación ni para con su autor. La intención de contar y mostrar esta historia apunta a una provocación política y epistemológica. Política, en el sentido de abrir un espacio en el que toda persona puede indagar dentro de sus experiencias personales, culturales, sociales y verse a sí mismo, o a sí misma, como una “fuente primaria de la historia”, o como un “yacimiento arqueológico vivo”, en el que, a partir de sus capas, de sus indicios, sus relatos, sus vivencias y sus historias familiares, puede devenir en un sujeto activo, más consciente y comprensivo de los fenómenos culturales y sociales que los y las afectan, y desde allí construir agencias, resistencias, acciones, proyectos de cambio. Además, las historias personales, cuando son integradas en las coordenadas sociales e históricas, nos conectan con las narraciones colectivas. Por otra parte, implicarse en las investigaciones a partir de una preocupación ética, política o personal no significa en ningún caso rescindir la calidad, vitalidad y valor del conocimiento histórico que se produce bajo esas premisas, siempre y cuando esa voluntad esté acompañada de investigación rigurosa y uso de fuentes contrastables, como es usual a la disciplina.

Así, por el lado del proceso de conocer —la epistemología—, la inclusión de esta historia cuestiona la postura clásica, apolítica e impersonal del hablante académico neutro. En la evolución actual de la disciplina resulta evidente que la objetividad e imparcialidad que suele defender la historio-

grafía se desprende de una serie de dispositivos supuestamente técnicos y científicos, pero que, en parte, no hacen otra cosa que limitar las infinitas posibilidades de otras formas legítimas de conocer, que pueden ser igualmente rigurosas y científicas en su diversidad, o justamente a través de ella. Una exposición brillante y consistente, entre otras, de esta forma de integrar lo personal al conocimiento historiográfico y de las ciencias sociales, se puede encontrar en el trabajo de Iván Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales* (2016)², obra de una densidad historiográfica reconocida por los máximos galardones de la academia francesa.

Me parece relevante también desestimar todo el relato pesimista que surge desde el determinismo biológico extremo y políticamente interesado. Es evidente que estamos determinados por una naturaleza humana que trae consigo disposiciones de la especie y de cada persona desde el nacimiento; pero ningún ser humano se desarrolla exclusivamente a partir de condiciones biológicas. Es sabido que, a lo largo de nuestras existencias, determinadas circunstancias sociales y culturales, determinados ambientes estimulantes, la curiosidad, las bibliotecas, el cine, nuestros profesores y profesoras, los apoyos institucionales, nuestros compañeros y compañeras de ruta, nuestras experiencias y afectos, pueden dar paso a desarrollos personales impensados, que son desde un determinismo biológico extremo “imposibles”.

Para muchos y muchas, la historia de María Inés puede ser una historia que tiene puntos de contacto con sus propias vivencias. En ese sentido, este libro se pretende al mismo tiempo personal e historiográfico, y espera poner a disposición de un público mayor al del cerrado círculo académico el producto de una investigación de una década sobre la eugenesia en Chile. El texto a continuación es, entre otras, una historia de la eugenesia en Chile y de ningún modo “la historia” única y definitiva. En relación con las fuentes, aunque el texto aborda materiales provenientes de instituciones públicas, de revistas y almanaques y de obras de arquitectura, entre otras, una gran parte del trabajo analiza el discurso eugénico en la medicina chilena a través de las instituciones, revistas y espacios dominados por los médicos. Pasemos, entonces, a describir de forma preliminar las características de la eugenesia.

La eugenesia tiene su origen en la obra del naturalista británico Sir Francis Galton, primo de Charles Darwin. Las primeras ideas sobre eugenesia las expuso en algunos artículos de 1865, pero una propuesta bien ar-

2. Iván Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, FCE, 2016.

ticulada con ese nombre no surgió hasta 1883. La eugenesia, ciencia orientada a lograr el mejoramiento de la raza humana por todos los medios biológicos y sociales disponibles, recorrió desde entonces un camino relacionado con el racismo, el organicismo social, las teorías de la herencia, la psiquiatría y la criminología, entre otras disciplinas y, en términos más amplios, con los problemas de la salud pública, las agendas sanitarias nacionales e internacionales y con el determinismo biológico y ambiental. No por nada se ha llamado a la eugenesia un monstruo de mil caras provisto de una naturaleza plástica. Preocupada por la mejora de la humanidad, nada parece escaparse a su mirada.

Durante la primera mitad del siglo xx fue considerada una ciencia de pleno derecho, provista de revistas, cátedras y congresos internacionales, lo que nos transmite más bien la imagen de una prometedora ciencia de vanguardia que la de una pseudociencia de la cual solo cabe avergonzarse retrospectivamente. La eugenesia estaba involucrada con la investigación de la herencia humana y básicamente planteó hacer por medios más rápidos y controlables, a través de una selección artificial, lo que la naturaleza hacía en forma lenta y azarosa por medio de la selección natural darwiniana.

El primer Congreso Internacional de Eugenesia de Londres de 1912, presidido por Leonard Darwin, marcó el inicio de la marcha triunfal de la eugenesia por el ancho mundo, en sintonía con los miedos y esperanzas del momento. Entre otras estrategias, la eugenesia se promovía como una herramienta eficaz para la defensa del mundo civilizado frente a la alta tasa de reproducción de los llamados inferiores, entre los que se contaban a los pobres, criminales, prostitutas, discapacitados físicos y mentales, locos, migrantes poco “aptos”, indígenas y “razas inferiores”. La sensación de un clima de “decadencia de occidente”, como lo llamó Spengler, surgida después de la Primera Guerra Mundial, le dio un gran impulso al pensamiento y las prácticas eugénicas. Otro refuerzo a las causas eugénicas lo dieron tanto el impulso pronatalista de los regímenes fascistas como la esperanza de los países liberales en el desarrollo y mejora del “capital humano”. Tras el impacto moral y anímico producto del fin de la Segunda Guerra Mundial y la exposición pública de los aspectos más feroces del proyecto eugénico nazi, la eugenesia fue acallada, olvidada a veces y otras sutilmente diluida en los campos que heredaron sus líneas de investigación, temas y argumentos, como la genética, el control de la “bomba demográfica”, la selección reproductiva, entre otros, hasta llegar a nuestros días, en que el desarrollo de la inteligencia artificial y el transhumanismo, que buscan la posibilidad

de abandonar la especie humana en pos de algo supuestamente mejor, nos ponen otra vez frente a la eugenesia.

Fue en la década de 1980 que la historiografía comenzó a ocuparse de la eugenesia en el contexto de los países anglosajones —Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, principalmente—, recuperando para la memoria histórica acontecimientos convenientemente olvidados. En la década de 1990, en una siguiente etapa de investigaciones históricas, la mirada sobre el proyecto eugénico se amplió y quedó en evidencia que había formado parte de un pensamiento hegemónico en diversas latitudes, que se había plasmado en la política sanitaria y en la cultura de numerosos estados nacionales a través del mundo y que no había sido, de modo alguno, un evento exclusivo del nazismo y del fascismo europeo.

En concreto, a partir de la década de 1990, los investigadores de la eugenesia comenzaron a prestar atención al desarrollo del proyecto eugénico en ámbitos de mayor diversidad y alcance en el registro cultural y geográfico. Uno de los primeros frutos de este esfuerzo fue el texto coordinado por Mark Adams en 1990, *The wellborn science. Eugenics in Germany, France, Brazil and Russia*, que representó una novedad historiográfica, tras una década de atención volcada sobre la eugenesia en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Comenzó a aparecer entonces, muy claramente, un panorama eugénico de dimensiones mundiales. En palabras de Adams, empezó a ser evidente que “entre 1890 y 1930 el movimiento eugénico se desarrolló en más de treinta países, cada uno adaptando el evangelio internacional de Galton, a las condiciones científicas, culturales, institucionales y políticas locales”.³

Desde inicios del 2000, la historia de la eugenesia en Chile ha desplegado un campo muy activo que ha permitido abrir áreas de investigación original, exhumar y analizar material documental novedoso, relevar personajes y procesos antes ignorados. En el contexto contemporáneo, la renovación del determinismo biológico a través de la genética, las neurociencias y el darwinismo social en clave neoliberal que se vive en Latinoamérica y en el mundo, así como las propuestas transhumanistas derivadas de la eugenesia vuelven a dar importancia a una historia crítica del desarrollo del pensamiento y las prácticas de la eugenesia y el racismo en el mundo, en la región y en Chile.

3. Traducción propia a partir de Mark Adams, “Eugenics in the History of Science”, en *The Wellborn science. Eugenics in Germany, France, Brazil and Russia*, Oxford University Press, 1990, pp. 3-7.

Para la discusión de las propuestas eugénicas, se vuelve imprescindible hacer aquí un breve excursus sobre las teorías de la herencia. Tanto en las fuentes documentales como en la historiografía de la eugenesia, resulta habitual encontrarse con referencias que resultan claves para un correcto entendimiento de los argumentos, a las teorías de Lamarck, Darwin, Weismann y Mendel.

Lamarckismo o teoría de la herencia de los caracteres adquiridos es el nombre que se da a la teoría de la herencia presente en la obra del naturalista francés Jean Baptiste Lamarck (1744-1829), *Philosophie zoologique* [Filosofía zoológica], de 1809. En esa y otras obras de biología —un término que debemos al mismo Lamarck— se desarrolla una teoría sobre la evolución de las especies, las que, según Lamarck, irían desarrollando características nuevas en relación con sus necesidades y a una adaptación al ambiente; características que serían heredables a las generaciones siguientes. Dos ideas fundamentales resumen la teoría de la transformación de las especies de Lamarck: en primer lugar, el uso o el desuso serían fundamentales en el desarrollo de un órgano o de una sección anatómica y, en segundo, la idea de que una característica fortalecida de esa manera puede fijarse y traspasarse a la generación siguiente; pensamiento que se resume en la expresión para referirse al lamarckismo como teoría de “la herencia de los caracteres adquiridos”.

El darwinismo dio un nuevo impulso a la discusión de las ideas de Lamarck. El mismo Darwin fue en principio contrario a Lamarck, aunque al final de su vida intentó armonizar su teoría con los postulados del naturalista francés. El problema fundamental era que el darwinismo no ofrecía una explicación a la gran variedad de formas sobre las que actuaba la selección natural, mientras que Lamarck sí lo hacía a través de su idea de adaptación ambiental y la herencia de los caracteres adquiridos. Como el mecanismo fundamental de la herencia permaneció en cierta oscuridad hasta el redescubrimiento de Mendel en 1900 y no fue descifrado con seguridad hasta las propuestas de Watson y Crick en 1951, el debate entre ambas teorías alternativas de la evolución y la herencia —darwinismo y lamarckismo— se mantuvo activo por los menos hasta la década de 1920, al punto de que incluso se ha señalado que hacia fines del siglo XIX el darwinismo habría estado a punto de ser “derrotado” por el lamarckismo.⁴ En todo caso, uno de los golpes argumentales que colaboró a la destrucción del

4. Peter Bowler, *El eclipse del darwinismo. Teorías evolucionistas antidarwinistas en las décadas en torno a 1900*, Labor, 1985.

edificio lamarckista fue el que le dio la teoría del biólogo alemán August Weismann (1834-1914), quien en diversos trabajos iniciados en la década de 1870 propuso la teoría del plasma germinal. En apretado resumen, Weismann distinguió en las células dos elementos: el soma, al que podía afectar el ambiente, y el plasma germinal, al que el ambiente no afectaba y que era el responsable de la transmisión hereditaria. Fueron los trabajos experimentales y teóricos de Weismann los que condujeron hacia el reencuentro con la olvidada obra de Mendel alrededor del año 1900. El Mendelismo, por su parte, aportó mayor precisión al mecanismo hereditario y resultó confirmado por las observaciones experimentales y microscópicas, las que hacia 1910 lograron identificar la ubicación física de las unidades que transmitían los caracteres en una parte de las células, que por su capacidad de teñirse fueron llamadas cromosomas. A partir de los trabajos de Thomas Hunt Morgan (1866-1945) publicados en 1910, se comenzó a hablar de genes; las unidades que transmitían la herencia, situadas en los cromosomas. Desde entonces, el mendelismo fue integrado con éxito en las argumentaciones de la eugenesia.

En relación con las breves definiciones anteriores, algunos aspectos de importancia para este trabajo son los siguientes. En primer lugar, la idea muy difundida de que dada la influencia francesa en Latinoamérica, el lamarckismo habría sido la teoría evolutiva dominante en la región hasta bien entrado el siglo xx. A la influencia cultural francesa se suele sumar la conveniencia ideológica del lamarckismo para las élites gobernantes latinoamericanas, ya que esta teoría proveía espacios de optimismo al proponer que, si se lograba mejorar el ambiente, las generaciones sucesivas podrían fijar, mantener y desarrollar mejores características biológicas y mentales. Por su parte, la teoría de Weismann parece prestarse a lecturas pesimistas del devenir biológico de la humanidad, ya que, siguiendo sus ideas, cuando una “cepa” o línea germinal ha sido afectada negativamente, esa herencia seguiría transmitiéndose a pesar de cualquier esfuerzo realizado en la mejora ambiental. El mendelismo, por su parte, reportó mayores espacios para la suspicacia sobre la población, al indicar que los caracteres recesivos negativos podían “escondarse” tras una apariencia sana. La idea de un gen dominante capaz de determinar un rasgo particular, por su parte, se usó y se sigue usando no pocas veces en el contexto actual, para una explicación tendenciosa de la naturaleza hereditaria de casi cualquier conducta o rasgo: desde el color de los ojos y las formas anatómicas, hasta la

inteligencia, la fidelidad y la capacidad de realizar trabajos de costura.⁵ En un mendelismo llevado al extremo, todo rasgo conductual o morfológico de una persona, podía relacionarse, en algún punto, con un gen heredado.

Para el debate sobre la eugenesia en América Latina fue fundamental el texto de Nancy Stepan, *The hour of eugenics*, de 1991, que fue decisivo para la difusión de la idea de “eugenesia latina”: una forma de eugenesia opuesta por sensibilidad, cultura y bases científicas a la “eugenesia anglosajona”, y que sería la que habría primado sin mayor contrapeso en la región. Así, siguiendo a Stepan, la eugenesia latina estaría asentada en el lamarckismo y afirma que la recepción del mendelismo en la región habría sido muy tardía. En resumen, la eugenesia latina tendría una sintonía con las posturas eugénicas de la Iglesia católica, tiende a una coincidencia con los intereses de la higiene pública y, finalmente, rechaza la esterilización eugénica como parte de una zootecnia repulsiva a los valores humanistas y cristianos. En mi visión, discuto ampliamente la categoría de eugenesia latina y de una confortable división entre los aspectos constructivos y civilizadores del proyecto eugénico y aquellos que remiten a la represión indiscriminada de los “inferiores” y al genocidio.

En el contexto chileno, tras el hito fundamental para la historia social de la medicina que marca la publicación en 1993 de la obra de María Angélica Illanes,⁶ no fue sino hasta la década de 2000 que comenzaron a surgir investigaciones sobre aspectos particulares del desarrollo del proyecto eugénico en Chile. En la caleidoscópica imagen que comenzó a dibujar la historia de la eugenesia en Chile, destaca el cuarto volumen de la *Historia de las ideas y la cultura en Chile, Nacionalismo y Cultura*, del investigador Bernardo Subercaseaux, en el que se le da amplia cabida al análisis y reflexión a las notas eugénicas presentes en diferentes soportes culturales durante ese periodo.⁷ En el contexto de la última década hay aportes sustantivos a la historia de la eugenesia en Chile en trabajos de María Soledad Zárate, Josefina Cabrera, Sarah Walsh, Felipe Martínez, Silvana Vetö,

5. En los archivos de la Eugenics Records Office de Estados Unidos, que funcionó entre 1910 y 1939, puede encontrarse una ficha sobre la habilidad de costura como carácter mendeliano heredable. <http://www.eugenicsarchive.org/html/eugenics/static/images/49.html>.
6. María Angélica Illanes, “En nombre del pueblo, del estado y de la ciencia”, en *Historia de la Salud Pública. Chile 1880-1973*, Santiago de Chile, Colectivo de Atención Primaria, 1993.
7. Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y la cultura en Chile. Tomo IV. Nacionalismo y cultura*, Santiago, Editorial Universitaria, 2007.

Mariano Ruperthuz, Cristián Palacios, César Leyton, entre otros autores. Por último, resulta importante comprender también que al tratarse de una ciencia preocupada por la reproducción y la mejora continua de la población, casi ningún aspecto de la vida humana pudo quedar eximido de la preocupación eugénica, y podemos encontrar una mirada eugénica en las fuentes documentales de la primera mitad del siglo xx relacionadas con la educación física de niños y niñas, la nutrición, la vivienda, la educación, el trabajo, el matrimonio, el sexo, el parto, la crianza, los efectos de la medicina, el urbanismo, las relaciones con la naturaleza y los animales, las cárceles, los manicomios, los hospitales, las instituciones de beneficencia, la prostitución, la demografía, el ejército, las relaciones entre los sexos y géneros, los pobres, las enfermedades, la seguridad, la identificación, los pueblos indígenas, la religión. Verdaderamente, era un monstruo de mil caras, una ideología viscosa y plástica capaz de alegar suficiencia y razón para tratar de todos los temas anteriores y de otros que escapan a esta enumeración.

Como he adelantado, este trabajo postula una revisión crítica de la idea de una eugenesia adjetivada como latina o anglosajona, determinista o ambientalista, positiva o negativa; todos adjetivos que pretenden aislar ciertos aspectos operativos puestos en juego en determinado momento histórico y contexto nacional. Pienso que, como ha señalado Geulen, “las denominaciones de eugenesia positiva y negativa [...] adquirieron carta de naturaleza. Sin embargo, para todos los eugenistas convencidos solo eran dos lados complementarios de un mismo proyecto: poder controlar la evolución humana”.⁸ Por extensión de esta misma idea, establecer una diferencia esencial entre ambientalismo y determinismo de la herencia resulta también cuestionable. Siguiendo los argumentos de Geulen: solo había una diferencia de grado, muy destacada a menudo retrospectivamente, entre los métodos eugenésicos que pretendían alcanzar su objetivo influyendo en el entorno, y aquellos que intervenían directamente en la reproducción humana.

En sus inicios, mi proyecto de investigación se enfocó en el debate eugénico que se prestaba con mayor claridad para el estudio de las disputas sobre el gobierno de los cuerpos, que es el de la esterilización eugénica, es decir, el procedimiento quirúrgico que provocaba la incapacidad para reproducirse. En el caso chileno, las oportunidades para una intervención directa del Estado sobre los cuerpos parecen haber sido mayores que en otros países latinoamericanos, a pesar de la oposición de la Iglesia católica, que reclamaba para Dios la soberanía de los cuerpos. La esterilización eu-

8. Christian Geulen, *Breve historia del racismo*, Alianza, 2010, p. 137.

génica era un auténtico divisor de aguas entre los interesados en el debate eugénico. El camino hacia una comprensión histórica y cultural de dicho debate llevó mi atención hacia nuevos e indocumentados espacios del campo eugénico chileno, que se presentaron como ineludibles para enfrentar la discusión de la esterilización eugénica. Algunas de estas áreas son: la continuidad entre la teoría de la degeneración y el discurso eugénico, las relaciones entre endocrinología y eugenesia, las relaciones entre eugenesia, modernidad y sentimiento religioso, las líneas de continuidad entre la higiene racial alemana y la formación médico biológica en Chile, la introducción del test de inteligencia en el país, entre otros vectores de pensamiento eugénico en Chile. Todos temas sobre los que he desarrollado la investigación documental que sustenta este libro.

Hoy en día, el estudio de la eugenesia tiene una gran importancia, pues permite visualizar con cierta nitidez la articulación entre el desarrollo del pensamiento científico y las pretensiones de administrar la vida humana exclusivamente desde la ciencia. La eugenesia operó a través de un vínculo entre biología y sociedad y con ello nos conecta con muchos problemas contemporáneos. La idea seleccionadora de la eugenesia es un aspecto plenamente vigente en las crisis contemporáneas de América Latina y de Chile. Pensemos, por ejemplo, en la migración, que fue un elemento central en la eugenesia de muchos países del mundo occidental y especialmente en Estados Unidos. Bajo la mirada eugénica, los migrantes fueron escogidos y seleccionados bajo criterios racistas y de calidad eugénica compatible con el estado nacional receptor. A inicios del siglo xx, Brasil intentó el blanqueamiento de su población dando preferencia al migrante europeo por sobre la mano de obra local disponible en el mismo territorio nacional, transformándose, en la opinión de Mike Davis, en uno de los primeros estados eugénicos del mundo. Estados Unidos aplicó leyes restrictivas para la migración en 1924 basándose en la eugenesia y, en el contexto chileno, el clásico racista del siglo xx, *Raza Chilena*, de Nicolás Palacios, aborrecía la migración latina por su carácter femenino, tanto como la contaminación de la raza nacional por la raza negra y se congratulaba de que la élite nunca hubiera optado por importar “razas baratas”, como la “amarilla”.

Hoy, con nuevos problemas y fenómenos globales, la migración es parte de una crisis global, regional y nacional, frente a cuyo manejo tienden a recircular las ideas eugénicas de selección, aptitud, inferioridad, superioridad e inteligencia de unos grupos y nacionalidades frente a otros. Y, así como en este caso, hay otros temas fundamentales del presente que nos

ponen frente a problemas que fueron tratados por la eugenesia y que nos exigen una mirada histórica y crítica para su comprensión. Hoy, Chile tiene una tasa de fertilidad de reemplazo de 1,3 hijos por mujer, y en ese panorama la cantidad de población solo puede estancarse y caer, a menos que se integren masas ingentes de migrantes, tal como ha venido ocurriendo los últimos años. Es una contracción demográfica que la eugenesia combatió, promoviendo el natalismo, la familia tradicional con roles de género bien determinados y rígidos, francamente represivos, y que el día de hoy es un problema urgente para naciones tan diferentes como España, Corea del Sur, Alemania, Argentina y Chile. Una forma resumida de transmitir el mensaje eugénico tanto en el pasado como en la actualidad es la de lograr un equilibrio perfecto entre calidad y cantidad de la población.

Finalmente, uno de los problemas fundamentales de la eugenesia, calibrar el valor de cada vida, grupo, población o “raza”, conduce a una pregunta fundamental: ¿quién debe vivir y quién debe morir? El valor de determinados grupos, linajes o razas siempre estuvo en las preocupaciones eugénicas. Así, en 1932 el obstetra chileno Carlos Mönckeberg opinaba que de una familia obrera nunca podría surgir un intelectual, y que los destinados a ser “brazos” debían remitirse a trabajar, mientras los destinados a pensar, decidir y mandar debían proteger su función de “cerebros” frente a la masa democrática y vil. En nuestros días, estas preguntas se activan poderosamente, y la conciencia histórica sobre el tema se vuelve urgente.